

Llegó el año 1855 y con él los horrores del cólera. Durante el verano, la fatal epidemia había tendido sus negras alas sobre Lora del Rio. Muchos concejales y personas de posición habían huido al aproximarse el terrible huésped, y los vecinos se hallaban solos y abandonados en tan críticos momentos. La junta de sanidad pidió jóvenes decididos y generosos que llenasen las vacantes de los fugitivos, y Federico Caro se presentó de los primeros. Federico Caro tenía un alma grande y noble; la muerte no le asustaba, y pensando en su madre, fué modelo de abnegación, pasando largo tiempo junto al lecho de los coléricos, dándoles con su mano los alimentos é infundiéndoles ánimo con su noble conducta.

Poco tiempo despues, un puñal asesino atentó contra su vida; pero herido mortalmente, pues se había interesado el pulmon, y á pesar de haber sido atacado alevosamente, cuando todos creían segura su muerte, exigió del juez no se persiguiera al agresor, y rogó á sus hermanos no se mostrasen parte en la causa.

A fines de 1855 pasó á Sevilla, y comenzó la carrera de ingeniero industrial, demostrando una gran aptitud para las ciencias exactas, distinguiéndose entre sus compañeros y atrayéndose la simpatía de sus profesores, por su aplicación, rectitud de juicio y seriedad de carácter.

Fiel á sus ideas políticas, siguió profesándolas y sosteniéndolas en cuantas ocasiones se presentaban, á pesar de haber variado el estado político de España y ser peligroso el manifestarlas. Entonces empezó á ser conocido por sus opiniones, y el comité democrático de Sevilla le confió la suscripción para los hijos del desgraciado Brú, entre sus compañeros, y más tarde la de la viuda é hijos del malogrado Sixto Cámara.

En el año 1862, y á la vez que se preparaba para los exámenes de fin de curso, tomó parte en un certámen convocado por la Sociedad de Amigos del País, á fin de que se arbitrasen los medios para redimir del servicio de las armas á todos los hijos de la provincia; y la Memoria presentada por Caro, entre otras diez, obtuvo el premio propuesto, que consistía en una flor de oro y el título de sócio de mérito.

El año 1864, el partido democrático de Sevilla celebró una reunion en el teatro de San Fernando para acordar el retraimiento del partido en las elecciones, y el Sr. Caro fué nombrado secretario de la mesa, que presidía D. Francisco Diaz Quintero.

Concluida su carrera de un modo brillante, tomó el título de ingeniero mecánico; pero sus padecimientos morales y el rigor de sus estudios habían alterado

su salud, adquiriendo una cruel gastralgia que puso su vida en peligro y le imposibilitó de dedicarse á los trabajos de su profesion.

Cuando estalló el alzamiento de Setiembre de 1868, hallábase Caro en Constantina, en casa de una hermana, santa mujer, que fué para él su segunda madre, atento al movimiento que se iba á verificar. Cuando el 21 supo lo ocurrido en Cádiz, é ignorando lo que pasaba en Sevilla por hallarse interrumpidas las comunicaciones, unido con otros liberales de aquella villa, se propuso secundar el movimiento. En efecto, reunió al pueblo; le arengó desde las casas consistoriales; recibió el encargo del pueblo de formar una junta revolucionaria, y constituida esta, destituyó al ayuntamiento y alcalde-corregidor, suprimió los consumos y adoptó otras varias medidas radicales y de utilidad.

En la alocucion que la Junta revolucionaria de Constantina dirigió al pueblo y que suscribía Caro como secretario de la Junta, se hallaban condensados todos los principios democráticos, y las aspiraciones de la revolucion.

Para Caro, el alzamiento que se inició en Cádiz el 18 de Setiembre y que él secundaba en Constantina el 21, debía derribar todo lo existente y constituir luego el país bajo la base de libertad, igualdad, fraternidad y moralidad.

El dia 23 recibió una comunicacion de la Junta revolucionaria de Sevilla nombrándole diputado provincial, y como la revolucion en aquellos días se hallaba circunscrita á solo algunas provincias de Andalucía, como todavía el triunfo no era seguro y había peligros que correr, Caro salió para Sevilla el 24 de madrugada y comenzó á servir á la revolucion en el honroso puesto de diputado que se le confiaba.

Desde este dia y sin dejar de asistir á una sola sesion de la diputacion provincial ni á las comisiones de que formaba parte, en union del respetable patriótico D. Federico Rubio, como individuo del comité republicano, se consagró completamente á la causa de la revolucion.

En la sociedad patriótica del Angel, en el club de la Academia de medicina, en el de Monte-Sion, en las reuniones del partido en la Lonja, en todas partes ejercía Caro una activa propaganda, secundando los patrióticos esfuerzos de Federico Rubio, de su hermano José, de Clemente Rodriguez y de otros muchos que con sus constantes predicaciones han formado en Sevilla un partido republicano numeroso y bien organizado.

Pero no solo como propagandista se ha distinguido Caro en Sevilla, sino que además ha prestado grandes servicios á la causa del órden.

En el motin que estalló en Sevilla durante las primeras horas de la mañana del 19 de Octubre, tomó una parte muy activa por restablecer el órden, penetrando entre los grupos, amonestando al pueblo y poniendo de manifiesto á los reaccionarios que instigaban á las masas, logró que el órden se restableciese, tanto por sus esfuerzos y los de otros muchos buenos republicanos, como por la actitud de la milicia ciudadana.

De la misma manera se condujo en otro motin que tuvo lugar despues de los sucesos de Málaga, viéndose constantemente al lado de las autoridades.

Pero donde verdaderamente prestó buenos servicios á la causa de la revolucion en Sevilla, fué durante los acontecimientos de Cádiz.

El 7 de Diciembre en la noche, alarmada Sevilla por lo que se contaba de Cádiz, ignorándose lo que allí pasaba, pues toda comunicacion era imposible; determinó el comité republicano que fuese una persona de confianza á Cádiz, penetrase en la poblacion, y se enterase del estado de cosas que allí existia, de las causas que habian determinado la lucha, y de la manera de poner término á aquellos desgraciados sucesos. Caro fué designado, y en union con el Sr. Rubio (D. José), salió en un vapor para Cádiz á las doce de la noche del dia 7, llegó á la vista de Cádiz en la mañana del 8, visitó la *Tetuan* y conferenció con el comandante de las fuerzas Sanchez Barcáistegui. Despues penetró en la plaza, y recorrió las barricadas hablando con sus defensores; estuvo en las casas capitulares, en la Aduana y en casa del cónsul de Dinamarca, donde se concertaba un armisticio, y despues de cumplida su mision se trasladó con el vapor al Tro-

cadero, de allí fué en una calesa á Puerto Real, tomó allí el tren para Sevilla, y á las doce de la noche del 9, es decir, en veinticuatro horas escasas se encontraba en el comité republicano de Sevilla dando cuenta de su cometido.

A pesar del cansancio natural de este viaje, y de hallarse Caro mal de salud en aquellos dias, fué uno de los que más trabajaron durante el dia 9, ya como individuo de la comision que fué á conferenciar con Caballero de Rodas á nombre de la diputacion provincial, ya como miembro del comité republicano, para que el estado de sitio que se trataba de establecer no se verificase, evitándose, como se logró de esta manera, que en Sevilla se repitiesen las mismas escenas que habian tenido lugar en Cádiz.

A todas estas circunstancias debió Caro ser propuesto para diputado á Córtes por el comité y representantes de la circunscripcion de Écija, cuyos electores le dieron con gran espontaneidad sus sufragios.

Sin solicitarlo, es más, sin pretender serlo, fué elegido el Sr. Caro diputado á Córtes por la circunscripcion de Ecija, y vino á Madrid á tomar posesion de su honroso cargo.

Modesto y sin pretensiones, solo ha levantado su voz en el Congreso para hacer varias preguntas de gran intencion política, ó para vindicar enérgicamente á su partido de las acusaciones que se le lanzaban.

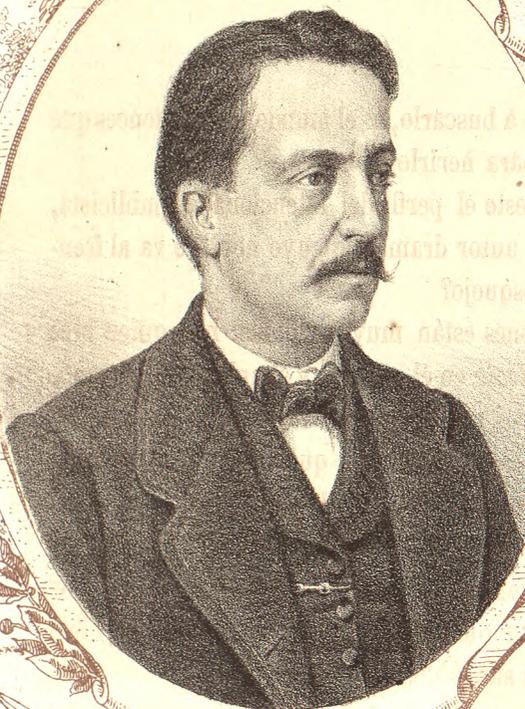
El Sr. Caro pertenece al verdadero partido republicano; amigo del órden y de la pacífica propaganda de sus ideas, sin que la intransigencia ni las exageraciones empañen la pureza de sus convicciones.

Con las condiciones que rodean al jóven ingeniero, diputado por Ecija, con su constancia y talento, no dudamos que un porvenir brillante, justo premio de sus trabajos y sacrificios, espera á D. Federico Caro.

LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



M. ORTIZ DE PINEDO.



J. PALOU Y COLL.



FEDERICO CARO



J. POSADA HERRERA.

CORTES

1869

CONSTITUYENTES

D. MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

D. Manuel Ortiz de Pinedo nació en Aracena, provincia de Huelva, en Junio de 1830. Hizo sus primeros estudios en la imperial ciudad de Toledo, bajo la dirección de un tío suyo arcediano de aquella iglesia catedral, persona respetable, pero poseído de las ideas de absolutismo y represión, peculiares entonces del carácter sacerdotal en España. Así es que el joven conoció de cerca la tiranía bajo la forma carlista y clerical, y aprendió á aborrecerla en unión de Cristino Martos.

Antes de seguir su biografía, permítasenos una digresión.

Así como al relámpago sigue el trueno, así á Ortiz de Pinedo sigue el epígrama; cuanto más sereno aparece su rostro, cuanto más bondadosa y tímida es su expresión, más terrible es el dardo que prepara.

Parte la flecha, y una carcajada la saluda; entre el ruido de los que rien se pierde el ¡ay! del que ha sufrido la herida.

El chiste se comenta y se repite, que no hay epígrama ni gracia que no halle mil parásitos aspirantes á llevar su librea; pero la herida queda abierta.

Los que aun están ilesos, sonrien de labios á fuera, pero temen que llegue su hora.

Ante el epígrama desaparece todo, el hombre no es más que su lengua.

Se le oye, se forma corro en torno suyo, se le exigen epígramas siempre, y este es un castigo.

Tal vez experimenta su alma uno de esos pesares que necesitan un amigo, un consuelo; olvidado de sí

mismo corre á buscarlo, y el mundo teme entonces que se acerque para herirle de nuevo.

Pero, ¿es este el perfil del intencionado publicista, del reputado autor dramático cuyo nombre va al frente de este bosquejo?

Las opiniones están muy divididas: hay quien cree que el *mal decir* en él es pura y simplemente una monomanía; otros presumen que es un arma que emplea para imponerse; quién dice que sus chistes brotan como la chispa de la piedra al choque del acero; quién los juzga producto de amargos desengaños; en lo que todos están conformes es en que *mal-dice*, y no hay quién no recuerde innumerables frases de las que han pronunciado sus labios.

Como son rasgos característicos, conviene á nuestro propósito reunirlos aquí al par que algunas notas de su vida política.

El espíritu activo del Sr. Pinedo, y su odio á todo lo que considera como ilegal, le hizo tomar parte en la sublevación ocurrida en la Universidad con motivo de la subida del precio de matrículas, decretada por el ministro de Hacienda D. Juan Bravo Murillo, y procesado y despedido de las aulas, entró en 1852 á formar parte de la redacción del *Tribuno*, donde ensayó su pluma antes de la revolución.

«¿Qué tal es el periódico?» le dicen.

«Es, contesta, el que *eleva á más altura* las cuestiones que trata.» Su redacción estaba en un cuarto piso.

Un año estuvo dedicado á las tareas periodísticas y

á conspirar de lleno para preparar los graves acontecimientos de 1854, en que los hombres libres sacudieron con indomable fuerza el yugo vergonzoso de la tiranía. En esta época memorable se separó el Sr. Pinedo de su amigo Martos para seguir en política un rumbo que difería en una parte de la del compañero de la infancia.

Testigo presencial de la batalla de Vicálvaro, dada á las puertas de Madrid entre las tropas liberales mandadas por el general O'Donnell, y los pocos soldados que permanecieron adictos al orden de cosas que se derrumbaba, entregó el Sr. Pinedo á O'Donnell las primeras correspondencias que recibió; sublevó á Torrejon antes de librarse la batalla, sigue al ejército libertador, y encargado de insurreccionar á Toledo, se dirige á esta ciudad acompañado del señor Martos, de orden del general en jefe.

Refugiado en un convento de monjas, y valiéndose de ingeniosos recursos, logra la salida de las tropas, va á Madrid á reanimar á los tibios que ya desesperaban del triunfo de la causa de la libertad, en aras de la cual hizo hasta el sacrificio de su propia vida batiéndose en las barricadas, baluartes levantados por el pueblo de Madrid en defensa de sus desconocidos y olvidados derechos. El destino de oficial del ministerio de la Gobernacion fué premio, aunque no suficiente á sus relevantes servicios que renovó más tarde con motivo de los célebres incendios de Valladolid, donde impidió que se fusilase á las mujeres, asistiendo en sus últimos momentos á los sentenciados á muerte, con quienes sostuvo una lucha horrible y superior á las fuerzas humanas.

Reformada la política en 1856, inaugura en *La Discusion* una brillante campaña en union de los escritores gigantes de la idea democrática, idea que preconizó en el teatro con el drama *Los pobres de Madrid*, popularizándole hasta un punto inconcebible.

Pero digamos algunos de sus característicos epigramas.

Penetra un dia por las puertas del café del Príncipe, en el que se reunian los actores y poetas. El artículo que más se consumía en este café era el de la murmuracion, causa sin duda de que su dueño no se haya enriquecido. Pinedo no quiere ser ménos que los demás, y su primera víctima es un poeta que acaba de sufrir una derrota.

Martos, su íntimo amigo, rompe involuntariamente una lámpara del café.

—No te apures, dice Pinedo, antes que tú ha roto Estrella la estatua de Apolo.

El hecho es cierto, pero la malicia lo interpretó, y los lacayos del chiste lo pasean por Madrid.

—Haga Vd. algo para mi beneficio, le dice un actor, una cosa que guste.

—Sí, sí... ya sé, una obra en la que muera Vd. en el prólogo.

Se para un dia en una de las puertas del café Helvético, café herpético, como él le llama, y un cómico vestido como para representar el protagonista de *La vida de un jugador*, se acerca á Pinedo.

—He formado una compañía, le dice.

—Sea enhorabuena; ¿y para dónde?

—Para Cuenca; ¿con qué le parece á Vd. que debemos hacer nuestra entrada?

—Con trabucos.

Apenas termina la representacion de una obra dramática.

—¿Qué tal mi drama? le pregunta el autor.

—Hasta que se ha acabado, le contesta, no ha empezado á gustar.

Un entusiasta admirador de una actriz algo conocida, hace su elogio.

—Es una artista, dice, á quien no solo no falta genio, sino que en las grandes situaciones le sobra....

—¿Su marido! contesta Pinedo con horrible lacerismo.

—¿Sabe Vd., le dice un escritor, que me han atribuido la comedia de Vd.?

—Lo que yo sentiria que me atribuyeran á mí las de Vd., le contesta muy sério.

—Vengo malo, muy malo, le dice un compañero de redaccion.

—¿Qué tiene Vd.?

—Nada, que se me ha hinchado el pié derecho.

—En ese caso no puede Vd. escribir.

—¿En qué consiste que X. iba hace pocos meses hecho un Adan, y ahora va hecho un milord? le preguntan una noche en la Iberia.

—En una cosa muy sencilla... responde, en que... se ha casado.

Un escritor dramático que suele pasar la vida en un círculo masculino de los más elegantes de Madrid, es conducido al Saladero por causas políticas.

Pinedo va á verle.

—¿Cómo está? le preguntan.

—Bien: allí no echa de ménos más que los muebles.

El coche de doña Isabel de Borbon, entonces reina, atropella á un infeliz aguador y le hiere, precisamente en un viernes de cuaresma.

—¡Que siempre ha de comer de carne esa señora! esclama Pinedo al saber la noticia.

Se habla de un orador de los más áticos.

—Ya le conozco, esclama; empezó su carrera con un conato de parricidio.

—¿De veras?

—Sí por cierto, como que dedicó á su padre la primera obra que le silbaron en Sevilla.

Se acerca á un grupo uno de los más conocidos barateros de frac:

—¡Cuántos muertos debe tener ese hombre á su cargo! dice en voz baja uno.

—Le he visto levantar algunos, respondió.

Se anuncia que un alto funcionario diputado, va á presentar un proyecto de ley, estableciendo la prision por deudas.

—No puede ser, dice Pinedo; eso seria cerrarse el porvenir.

Juzgando á un orador, el más vehemente de los de nuestra patria, decia un escritor en un periódico: «Su crespá cabellera nos recordaba la de Mirabeau.»

—¡Pobre señor! dijo Pinedo: en cuanto lea eso, no se vuelve á cortar el pelo.

—Acabo de ver á nuestro amigo A., y el pobre no hace más que exclamar: ¡Quién pudiera pagar! le dice uno.

—Peor está F. Porque ese solo dice: ¡Quién pudiera deber!

De un alto personaje político, ha dicho que es un hombre dedicado al culto de sí mismo. Le regalaron un jarrón, y exclamó:

—Ya tiene vaso para cuando se oficie de pontifical.

Un dia se habla en su presencia del emperador de los franceses.

La conversacion tiene lugar en un saloncillo del Príncipe:

—Desengañense Vds., dice Pinedo, Napoleon es el empresario de la Francia.

Como si estas frases, que pierden mucho referidas por nosotros, porque callamos los nombres propios; como si estos epigramas, algunos sangrientos, no bastasen, en una escena de su comedia *Quien siembra vientos...* ha derramado toda la amarga hiel de su musa satírica.

Mendoza, en el que el público creyó ver el retrato de su autor, nos habla allí de un diputado sin renta, que aspira á serlo para tenerla; de un general que lleva mal la faja... por falta de costumbre; de un jóven que vuelve muy tostado de América, porque se ha ennegrecido en la Habana; de un contratista que se

parece... á José María, en que ha hecho su fortuna en los caminos, etc., etc.

Ahora bien: despues de presentarle á nuestros lectores al cubierto con todas sus armas, rodeado de todas sus flechas, agitando la lengua sin cesar é hiriendo siempre, ¿no les parece justo conocer más á fondo á este hombre escepcional, cuya fama de maldiciente sobrepuja á la que tiene como publicista, á la que ha conquistado como autor dramático?

Yo creo que sí: hojeemos á este fin las páginas de la historia de Ortiz de Pinedo.

Niño aún, pierde á sus padres y pasa al lado de un tío suyo, arcediano de Toledo, que se encarga de cultivar su inteligencia y de desarrollar sus sentimientos: su familia es absolutista, y á pesar de la tradicion, abraza el jóven las ideas liberales.

Una composicion al *Dos de Mayo* le vale la enemistad de su tío y su abandono, cuando más necesitaba sus auxilios para terminar en Madrid la carrera de leyes; pero no se intimida, porque ha luchado desde niño, y luchar es su goce; únese á Iza, aquel desventurado fundador de *La Vivora*, que más tarde buscó la muerte en el Canal, y se dirigen los dos á Sevilla. Allí encuentra Pinedo un amigo, un verdadero amigo en Adelardo Lopez Ayala.

Vuelve á Madrid á terminar su carrera, y estrecha los lazos de una íntima amistad con Cristino Martos: los dos profesan un vehemente amor á la libertad, los dos aspiran á ocupar un puesto elevado entre sus contemporáneos, y buscan en la prensa los medios de llegar á él. Entonces, en 1847, fué cuando dando rienda suelta á sus pensamientos, publica en *El Espectador* una magnífica poesia *Al Dos de Mayo*, que le vale el ser desheredado por su tío el arcediano.

En aquella época azarosa comienza á desarrollarse en Ortiz de Pinedo la aficion al epigrama. Tiene ambicion, lucha con los obstáculos, quiere dominarlos, necesita un arma, y careciendo de la fuerza del navarro, y de la perseverancia del gallego, encuentra en la sangre andaluza que corre por sus venas el gérmen del epigrama.

Pero las circunstancias y los hombres no tardan en convertir el chiste en dardo.

En un artículo titulado «Sociedad de elogios mútuos, seguros contra silbas,» derrama todo el acibar de la sátira sobre un grupo de autores que tenian buen cuidado en informar al público de todos sus actos aprovechando la ocasion para incensarse de lo lindo.

El año 1854, al tomar parte en el alzamiento de

Julio, con Narciso Serra y Cristino Martos, se presenta á un general ilustre.

«Celebro ver á ustedes por acá, les dice; así podrá salir con correccion el *Boletín del Ejército.*»

Pastorfidó llegó un poco despues, dice Pinedo cuando cuenta esta anécdota.

La revolucion le ofrece un puesto en el ministerio de la Gobernacion. Le abandona el 36; pasa á escribir á *La Discusion*, y se retira del periódico cuando este rompe con los progresistas.

A partir de este instante abandona la arena política por la literaria, y escribe el drama *Los pobres de Madrid*.

Su representacion se debe á una chicharra.

Una actriz ensaya un drama, que es la esperanza de la empresa: el apuntador, hombre de buen humor, toca de pronto una chicharra. La actriz se ofende creyendo oír una alusion personal; riñe con la empresa, y el empresario pide socorro á *Los pobres de Madrid*. Pondré esta obra en escena aunque tenga que ser uno de tantos, dice, pero los *Pobres* le sacaron de apuros; Pinedo, que debia á una chicharra la conquista del primer empresario, la más difícil para un autor, arregló en seguida para la misma compañía *El camino de presidio*.

Una vez espedita la vía, entre chistes y epigramas da á la escena comedias y dramas originales: *Frutos amargos*, *Los molinos de viento*, *Los lazos del vicio*, *Madrid en 1818* (1), *La hija del pueblo*, *Culpa y castigo*, *Intrigas de tocador*, *Quien siembra vientos...* son, si no me equivoco, las obras á que debe su reputacion como poeta dramático.

Pero la fama de mal-diciente se sobrepone á todo; con un chiste hace olvidar una comedia... apenas deja tiempo para que le discutan: antes de que el crítico hable, ya ha embotado un dardo en el crítico.

Fernandez y Gonzalez le felicita al final del estreno de una obra.

«Ahora sí que creo que ha obtenido más éxito,» dice Pinedo.

Su aparicion en Vicálvaro le llevó al seno de la union liberal, y entonces emprendió en *La Política* una campaña, en la que hace el papel de bomba el famoso artículo «Habilidades.»

El Congreso le abre sus puertas como representante de la provincia de Guadalajara y no tarda en resonar su voz, pidiendo entusiasmado que se declaren bene-

méritos de la patria á los vencedores del Callao.

Poco despues aboga por las reformas en Cuba y da al público su comedia *Quien siembra vientos*, que es el rasgo más atrevido de su vida.

A medida que iban diseñándose las tendencias políticas de los partidos comprendia el Sr. Pinedo que los progresistas carecian de fuerza para derribar el trono y sin adherirse por completo á la union liberal, modificó su marcha para no atacar á los Sres. Cánovas del Castillo, Lopez Ayala y otros á quienes le unian lazos de cariñoso afecto, hasta que la union cae en la adversidad y entonces es cuando entra decididamente á formar parte de la redaccion de *La Política*, donde publica un artículo comparando á Catilina con Gonzalez Brabo, artículo que de no haberle conquistado antes le habria creado un puesto brillante entre los escritores de más talento y valía. Al representar á la provincia de Guadalajara en el Congreso y militando en las filas de la disidencia, no halló en su seno bastante campo á la expansion liberal de su ánimo y lucha en la tribuna y en la prensa contra el ministerio, en todo lo que no se mostraba bastante liberal, hasta que sobrevinieron los sangrientos sucesos de 22 de Junio de 1866, acontecimientos que determinaron la repentina caída del gabinete O'Donnell. No por militar en otra fila política desatiende á sus amigos de la niñez, y cuando aun resuenan las descargas de artillería decidiendo la victoria en favor del gobierno, con riesgo de su vida ampara á Castelar, Martos, Becerra y Rubio, los refugia en la embajada anglo-americana, donde los proscriptos hallaron decidida proteccion en la poetisa Carolina Coronado, esposa del secretario de la legacion, y por último les acompaña hasta Francia sin abandonarles un momento mientras no vió á los desterrados en lugar seguro, bajo un pabellon extranjero.

Supo en San Juan de Luz por boca de D. Alejandro Castro, que el ministerio O'Donnell estaba ya caido, por más que en Madrid continuaba Isabel II dando al general O'Donnell falsas pruebas de confianza; y en efecto, á los pocos dias desaparece el gabinete del duque de Tetuan, consumándose una de las mayores ingratitudes reales que registra la historia contemporánea y que ha sido á no dudarlo el paso más decisivo que dió en el camino de su ruina la hoy desterrada dinastía de los Borbones.

Desde esta época comenzó para la union liberal una série de persecuciones de que se encuentran pocos ejemplos, y cuyo triste relato no entra en nuestro propósito. La clausura ilegal de las Córtes fué la gota

(1) Puñalada de muerte dada de mano maestra á la dinastía de los Borbones.